

RELATOS BREVES DE UN SIGLO

M^a Ángeles Rueda



Doce Gallos

RELATOS BREVES
DE UN SIGLO

M^a Ángeles Rueda

ÍNDICE

Prólogo	9
1920 EL OGRO Y LA PERDIZ	13
1931 DIARIO DE DOLORES.....	17
1939 VICTORIA Y RENDICIÓN	23
1942 LA RECETA.....	27
1946 LA COMITIVA	31
1951 CENICIENTA Y LA LECHE CORTADA	35
1960 REBELIÓN	43
1969 LA BOLIS.....	49
1973 LA SEÑORITA.....	59
1984 EL BAÑISTA	63
1990 TUSI.....	67
1999 EL AMARRE.....	73
2009 PAUL, CARIÑO.....	79
2018 EL TSUNAMI.....	83
2020 AQUÍ SE ESTÁ BIEN.	87

Prólogo

Conocí a M^a Ángeles Rueda en el fragor vocacional de las aulas y en seguida percibí su gran humanidad en el trato que dispensaba al alumnado. Las conversaciones sobre nuestra cotidianidad laboral, y sobre la realidad política y social, nos permitieron profundizar en el conocimiento mutuo y adquirir cierta complicidad. Encontramos en la música y la poesía otros placeres compartidos, y el intercambio de versos nos desnudó un poquito el alma frente al otro, con la carga de confianza y exposición de la vulnerabilidad que ello implica. Creí conocerla algo mejor tras la lectura de su poemario *De tripas corazón*, y la selección de relatos cortos que nos ofrece en estas páginas proporciona una radiografía más precisa de su calidad humana y artística.

A lo largo de estos relatos, la autora hace un recorrido por un siglo que rompe con la ortodoxia del calendario, y cuyos escenarios nos sitúan entre 1920 y 2020. En cada cuento se perfila un trasfondo histórico, una reali-

dad social presentada en toda su crudeza y, a menudo, crueldad; telón de fondo para unos personajes que luchan por adaptarse a los vaivenes del mundo en el que les ha tocado vivir. Estos escenarios son unas veces más explícitos y otras un esbozo que se va revelando conforme se despliegan los rasgos psicológicos de sus protagonistas. Las historias contienen paisajes de un mundo rural olvidado, de un costumbrismo que combina lo bucólico con lo opresivo, de una dictadura asfixiante, pero también nos coloca en lugares tan ordinarios como una playa o un hospital, donde su importancia queda opacada por las reflexiones de las personas que los transitan.

La escritora construye las personalidades desde las contradicciones que sufren los protagonistas, dando vida a los temores infantiles, a la lucha de las mujeres, a la resignación y la insubordinación de los estratos más bajos de la sociedad. Esto se refleja en personajes de origen humilde, que emplea para dar voz a las emociones de aquellas personas a las que se les ha negado la voz. Esta técnica permite a la autora proporcionar un aderezo que a veces es una sonrisa y a veces pura tristeza, por ejemplo, en la descripción de la crueldad de la dictadura franquista desde la óptica de una infancia incapaz de comprenderla. Encontramos otros ejemplos en los relatos en los que un personaje observa y reflexiona sobre la conducta humana que le rodea, dando vía libre a una interpretación irónica, autorizando una mirada crítica a nuestra propia estupidez: una mirada que es burlona en unas ocasiones y directamente

acusadora en otras, ridiculizando a los fantoches en el teatro de la vida, ya sean un presidente del gobierno o un simple bañista. Como decía al principio, M^a Ángeles Rueda deja en sus historias una parte de sí, un rastro inequívoco que conecta la ficción con sus vivencias personales y sus pasiones vitales. Este componente autorreferencial es tangible en la evocación materna y paterna en dos de sus relatos, pero también puede inferirse en otros la carga de emocionalidad y principios que la definen como persona. Aquellos cuentos que narran infancias rotas, maltrato animal o desigualdad de género, son un campo abonado para leer entre líneas y hallar en ellas a una madre amorosa y entregada, una ardiente defensora de los derechos de las mujeres, una amante de la vida en sus múltiples formas, una hija doliente y a la vez consciente.

Esta colección de historias narradas a lo largo de un siglo tiene los matices de un buen vino, maceradas en los barriles de una imaginación fértil. Combinan lo fresco y lo añejo, y las notas de historia se enriquecen con taninos de ternura afrutada, sensibilidad aromática y tonos especiados de ironía. Quizá adviertan un retrogusto a nostalgia, pero no se asusten, porque el caldo es pleno en boca y sus vapores ensancharán sus papillas y sus corazones.

No se apresuren, degusten sus matices en el paladar y gocen pausadamente de cada sorbo. Que disfruten de este brindis a la vida.

Juan José Rivas González

1920

El ogro y la perdiz

A Tere

A mediados de febrero, el pueblo estaba aún encogido de frío, quieto sobre la nava. En el vasto silencio reinaba la voz de la campana, lengua lenta de la torre cuadrada de la iglesia, y, de vez en cuando, el grave sonido del cencerro de alguna vaca. La temporada de caza de la perdiz ya había comenzado y Andrés ya pensaba salir pronto al campo con el macho enjaulado que había estado cuidando su vecino, Servando. Así pues, Andrés llamó a su hijo, un niño de seis años que andaba jugando a la taba con otros críos, y le ordenó poner atención: «Danielín, hijo, atiende,» dijo pausadamente, «ve a casa del tío Servando, ya sabes, el que vive en la casa de la puerta verde, enfrente de la iglesia. Y dile que te dé la perdiz de reclamo».

Danielín era, por lo general, bien mandado, nada consentido, y sentía un respeto más que religioso por su

padre, cuyas escasas reprimendas temía más que al diablo y cuyas frecuentes carantoñas amaba por encima de todas las cosas. «Sí, papá» respondió el niño alegremente, y se puso en marcha sin titubear un segundo ni reparar en el hecho de que, por un lado, ignoraba el significado del «reclamo» ese y, por otro, tampoco recordaba muy bien dónde vivía el tío Servando. Para Daniel, el pueblo era enorme, una gran red de anchas calles y solo tres puntos familiares en el mapa: la plaza, la escuela y su propia casa. Recordaba vagamente que la Nochevieja anterior su padre le había subido a hombros para que no pisara la nieve, y le había dicho :«Vamos a buscar al tío Servando para invitarle a tomar las uvas con nosotros, ¿te parece?» Recordaba que le pareció bien y que, de la puerta de una casa de piedra gris, justo enfrente de la iglesia, salió un hombretón de gran estatura, recio como un árbol, con una bufanda que le tapaba media cara y una gorra calada hasta las cejas. Recordaba que habían regresado a casa enseguida, pero, sobre todo, recordaba que todos, incluido papá, se equivocaron al contar las campanadas para tragar las doce uvas, porque cuando habían comido ya nueve, entró en el zaguán una vecina, la señora Amalia, y gritó: «¡UNA!» metiéndose una uva en la boca. Y todo el mundo se echó a reír, tanto y tan fuerte, que ya nadie pudo terminar de comer las uvas a tiempo por culpa de la despistada de la señora Amalia.

Sonriendo absorto ante su recuerdo, Daniel caminaba hacia la iglesia, y pronto reconoció la puerta verde a donde

Estos relatos breves han brotado, como tímidas plantas, de la tierra de la imaginación, abonada por los recuerdos de muchas personas, no solo por los míos, y responden a un afán humano viejo como el mundo: evitar que el olvido entierre para siempre todos esos retazos de vida. El gran Antonio Muñoz Molina dijo en una ocasión que la ficción ofrece un consuelo «...que es la posibilidad de ponerte en el lugar de otro, de hacer presente la vida de otras personas que han existido en otras épocas o que no han existido.» Ese consuelo, junto al placer sencillo y ancestral de contar historias, son, en el fondo, los dos motivos que me han llevado a escribir estos relatos. Con ellos he intentado expresar sentimientos concretos: mirando al pasado, por ejemplo, he querido dar fe de mi compasión y solidaridad con quienes padecieron la guerra y la posguerra españolas, especialmente con las gentes sencillas, y he dedicado una sonrisa para mis coetáneos del «baby boom» de los sesenta o para la niña de barrio que fui; mirando al presente, he querido exorcizar algunos de los demonios que me hieren en nuestro mundo actual, como es la rabia y la impotencia al ver la violencia que sufren los seres más débiles, o el daño irresponsable a nuestro planeta, o la soledad de los ancianos. Espero que la lectura de estos relatos resulte amena como grato fue para mí escribirlos.

La autora

